

Diario en México

Marvin Coto Jiménez

© 2020, Marvin Coto Jiménez
ISBN: 978-9968-49-635-3

Derechos reservados
Primera edición, enero 2021
San José, Costa Rica

Diseño de portada y diagramación:
Kattia Coto Jiménez.

Fotografías:
Marvin Coto Jiménez

ISBN: 978-9968-49-635-3



9 789968 496353

*Dedicado a mi hijo Gabriel, el hombre
más valiente que he conocido.*



Presentación

Este libro, a manera de diario, registra algunas de las experiencias que viví en México durante los años 2012 a 2018. El propósito principal de escribirlo ha sido preservar la memoria del proyecto de estudios y de vida que llevó a mi familia, con poca información y recursos, a enfrentar una de las ciudades más grandes y complejas del mundo con un sinnúmero de dificultades. Una de ellas fue el gran sismo del 19 de septiembre de 2017, donde inició, como una necesidad, el ejercicio de escribir los acontecimientos para dar un desahogo a las emociones e impresiones del momento, e informar también a la familia y amigos cercanos.

Al momento de llegar México habíamos dejado atrás casi todas nuestras pertenencias, con el fin de contar con algunos recursos para empezar la vida en el país. Pero también habíamos dejado puestos de trabajo, incluyendo una plaza en propiedad en una institución del estado, y cierta estabilidad económica luego de años de esfuerzo.

Si bien, esto ya parecía un logro de vida luego de inicios llenos de incertidumbre en nuestra vida familiar, pudo más la voluntad de superarnos con estudios fuera del país y el deseo de afianzar la carrera académica en la Universidad de Costa Rica.

Sin duda, era un paso donde se preveían riesgos, y lo más importante, el proyecto implicaba alejarnos de a familia y amistades por un periodo considerable. Todos los espacios y actividades que habíamos construido con los años y las rutinas diarias de estudio y trabajo iban a ser sustituidos. Nunca imaginamos todas las implicaciones que tendría dejar todo eso atrás durante los más de cinco años siguientes.

En medio de todas las experiencias vividas, uno de las aprendizajes más importantes fue el derribar mitos y miedos que desde el extranjero se suelen tener sobre la Ciudad de México, donde más bien descubrimos un lugar fascinante que transforma toda referencia previa sobre la cultura, la academia y la vida en general de esta urbe.

Por eso, manifiesto que escribí estas páginas como ejercicio de memoria, y como testimonio de lucha personal y familiar, con total independencia de criterio.

Los vacíos que pudieron quedar se pueden considerar propios de quien lleva un registro informal de los acontecimientos, sin la intención inicial de anotar lo que sucedía a diario, y de quien carece de la formación y experiencia adecuadas para narrar con elocuencia las vivencias que en esos años enaltecieron el espíritu y también lo doblegaron.

Los años intensos que se describen en fragmentos, contienen desde los momentos iniciales donde me sentí solo en el centro de un laberinto, hasta ver nacer un hijo, vivir un terremoto devastador, unos proyectos de estudio casi imposibles, y unas experiencias culturales invaluable.

Después de todas las experiencias, permanece el sentimiento de agradecimiento y admiración hacia un país, y hacia las personas que hicieron posible y acompañaron todo el proceso.

Que este escrito sea un homenaje a todos ellos.

2012: Los inicios

Primer contacto con suelo mexicano

El lunes 27 de agosto del año 2012 aterricé en un vuelo de la tarde en la Ciudad de México, proveniente de Costa Rica. El objetivo final del viaje era claro: obtener el grado de maestría y doctorado en Ingeniería Eléctrica, especialidad en Sistemas Inteligentes, en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), en un plazo menor a cinco años. Así estaba estipulado en un contrato tentativo con la Universidad de Costa Rica, el cual aún no estaba en firme, pues se encontraba en las correspondientes comisiones internas, donde aún se analizaba la idoneidad del proyecto de estudios y de mi persona.

A pesar de no tener concretado el contrato, dadas las fechas del inicio del año académico en la universidad, tuve que viajar en ese momento. Lo hice solo, mientras que mi esposa Andrea y mi hijo Gabriel contaban con boletos y visas para llegar unos días después. Habíamos dejado atrás todo cuanto teníamos en Costa Rica para embarcarnos en este gran proyecto, casi un salto al vacío por la prontitud con que tuvimos que tomar las decisiones, la rapidez de

deshacernos de nuestras pertenencias y la poca información con que contábamos de la Ciudad de México.

Con la premura que caracterizó la decisión de viajar e iniciar una nueva vida en México, habíamos resuelto deshacernos de casi todas nuestras pertenencias: desde electrodomésticos, hasta ropa, juguetes y trastos. Así juntaríamos algo de dinero como una pequeña reserva para las primeras semanas, mientras se resolvía el asunto de la beca.

Estar escribiendo ahora estas líneas me hace pensar como si fuera ficción el haber hecho una venta de garaje, que más bien fue venta de casi una casa completa, donde los interesados (en su mayoría vecinos del Barrio Corazón de Jesús en Guadalupe), iban preguntando por los objetos que veían (todos) y al momento se les pedía un precio bajo con el cual pudieran decidirse de inmediato. Así fueron desfilando hacia fuera lo que eran nuestras pertenencias por la puerta del departamento en manos de sus nuevos dueños, mientras hablaba y ponía precio a lo que iba quedando.

Días antes de viajar, mi naturaleza inquisitiva me llevó a leer con avidez todo lo que podía sobre México. Un vistazo a las noticias del día del viaje servía para enterarme de una multitud de desgracias propiciadas por enfrentamientos de las autoridades con el narcotráfico, y en general situaciones que hacían difícil saber qué esperar de la estancia programada en el país. Con el tiempo estas ideas fueron cambiando, pero en un primer momento, sin una visión más amplia y con la responsabilidad de traer a la familia a vivir al nuevo país, hacían que la mente se poblara de algunos miedos y sobre todo de mucho recelo con respecto al entorno.

No era la primera vez que visitaba el país. La primera había sido a un congreso un año antes, y a la feria de posgrados de la Universidad Autónoma Metropolitana a principios del 2012. Ambas ocasiones habían hecho que de todas maneras me encantara con las calles y lugares que había conocido de la Ciudad de México. Desde un primer momento pensé que este sería un buen lugar para vivir, sin la

atención puesta en las malas noticias que abundan todos los días en los medios de comunicación del país y se pueden leer por Internet, y aquellas que se llegan a publicar en los medios de Costa Rica.

Aún más estrecha que la reserva de dinero fruto de la venta de garaje, parecía el plazo de doce días para resolver varios asuntos fundamentales antes de la llegada de la familia a la ciudad: inscribirme formalmente en el posgrado de la UAM, visitar la escuela donde estudiaría Gabriel (ya contactada desde Costa Rica), buscar el Instituto Mexicano de Migración para completar la residencia legal, saber dónde proveernos de comida, cómo pagar los servicios públicos, cómo trasladarme a la Universidad y un largo etcétera que contiene todo lo que conlleva una vida cotidiana.

Para todo esto había que empezar prácticamente de cero, pues desde el momento de llegar era claro que no tenía mayor información sobre cómo vivir en la ciudad. Lo poco que sabía provenía de los dos breves viajes previos y de las orientaciones recibidas por el compositor Alejandro Cardona, quien había sido mi maestro de composición musical los últimos meses y conocía ampliamente la Ciudad de México. También había tenido en mis manos una Guía Rioji y recomendaciones del Dr. Javier Trejos, profesor en la Escuela de Matemática de la Universidad de Costa Rica, quien tiene también amplios conocimientos y simpatías por la ciudad.

Sin duda, el reto inicial más importante se encontraba en buscar un lugar donde vivir. No tenía idea qué esperar al respecto, no tenía mucho dinero y ni siquiera estaba seguro de obtener aún el apoyo económico de la Universidad de Costa Rica, indispensable para el proyecto de estudios. Confiaba en mi teléfono celular con Internet para usar los mapas, buscadores, anuncios clasificados y cualquier otro recurso de apoyo para resolver cada situación.

Cuando salí del aeropuerto aquella primera tarde, tenía la dirección a donde debía dirigirme anotada en un papel. Se trataba de las oficinas de una empresa que rentaba departamentos por periodos cortos. Por